

Notas

LA «DESPERSONALIZACION» DEL HOMBRE MODERNO Y EL MENSAJE DE NAVIDAD

LA humanidad angustiada ha vuelto a recibir con la misma avidez que en años anteriores la voz magistral de Pío XII en la conmemoración de la víspera de Navidad, cuyo mensaje contiene importantes soluciones a los amenazadores males que hoy se ciernen en el horizonte mundial.

De todo el documento, queremos comentar aquellos párrafos referentes a problemas económicos y sociales que tienen plena actualidad en el campo de la política social.

Comienza recordando que sólo en la palabra de Cristo se encontrarán la esperanza cierta y el consuelo seguro que vanamente tratan los hombres de hallar en la reseca tierra, olvidándose que estos bienes son perlas del cielo. Hoy son muchos los dolores, miserias y calamidades que afligen a los humanos, aunque también es de justicia reconocer que existen innumerables propuestas y proyectos que miran a prevenir las desgracias, a aplicarles remedio, por entidades públicas y privadas; pero esta misma abundancia y las contradicciones en que incurrir revelan un estado general de perplejidad.

Vanamente se busca la solución por dos caminos falsos: «O se hace depender la salvación de una ordenación rigurosamente uniforme e inflexible, que abrace a todo el mundo, de un sistema que debería obrar con la seguridad de una medicina bien experimentada, de una nueva fórmula social redactada en fríos artículos teóricos», o por el contrario, «rechazando toda receta general se la entrega a las fuer-

zas espontáneas del instinto vital y, en la mejor de las hipótesis, a los impulsos afectivos de los individuos y de los pueblos, sin preocuparse de que aquí pueda derivarse la perturbación del orden existente por más que sea evidente que la salvación no puede nacer del caos».

Refuta el Papa la primera solución con sólidos argumentos: «Esperar la salvación de fórmulas rígidas aplicadas materialmente al orden social, es superstición, porque les atribuye un poder casi prodigioso que no pueden tener»; y frente al segundo remedio afirma que «poner la esperanza exclusivamente en las fuerzas creadoras de la acción vital de cada individuo, es contrario a los designios de Dios, Señor del orden».

Efectivamente; se viene hoy repitiendo hasta la saciedad que la salvación debe surgir de la organización de los hombres y de las cosas en una estricta unidad capaz del más alto poder productivo, como si todo dependiese exclusivamente de los técnicos de la producción y de la organización.

Este tecnicismo en el pensamiento social se ha de buscar en las empresas gigantescas de la industria moderna que, independiente del juicio completo que se formule, «no pueden ni deben tener valor de modelo general para la conformación y ordenación de la moderna vida social», porque «es un claro principio de sabiduría que todo progreso, para ser verdaderamente tal, ha de saber añadir nuevas conquistas a las antiguas, nuevos bienes a los ya adquiridos en el pasado. Ahora bien; la historia enseña que otras formas de la economía nacional han tenido siempre un influjo positivo sobre toda la vida social, influjo del cual se han aprovechado ya las instituciones esenciales, como la familia, el Estado y la propiedad privada; ya las constituidas en virtud de libre asociación; sirvan de ejemplo, las indiscutibles ventajas obtenidas donde predominaba la empresa agrícola y artesana.

Un mundo que sólo reconozca la forma económica de un enorme organismo productivo no puede ejercer un influjo feliz sobre la vida social en general y sobre aquellas tres instituciones fundamentales en particular, ya que el carácter impersonal de semejante mundo contrasta con la tendencia habitualmente personal de las institu-

ciones que el Creador ha dado a la sociedad humana; porque el matrimonio, la familia, el Estado, la propiedad privada, tienden por su naturaleza a formar y desarrollar al hombre como personal, a protegerlo y a hacerlo capaz de contribuir, con su voluntaria colaboración y responsabilidad personal, al mantenimiento y al desarrollo también personal de la vida social. Se trata de un sistema de unidad impersonal (1) que atenta contra la persona humana, fuente y meta de la vida social, imagen de Dios en su más íntimo ser.

Pío XII se enfrenta con la triste realidad de la «despersonalización» del hombre moderno, y denuncia cómo «dónde el demonio de la organización invade y tiraniza el espíritu humano, en seguida se revelan las señales de la falsa y anormal orientación del desarrollo social» y acusa una vez más al Estado totalitario que «se va convirtiendo en una gigantesca máquina administrativa, que extiende su mano sobre casi toda la vida: la escala completa de los sectores político, económico, social, intelectual; hasta el nacimiento y la muerte quiere que sea materia de su administración». No es, pues, de maravillar que en este clima de la impersonalidad, que tiende a penetrar y envolver toda la vida, el sentimiento del bien común se embote en las conciencias de los individuos, y que el Estado pierda cada vez más el carácter primordial de una comunidad moral de ciudadanos. Esta «despersonalización» arrastra al hombre moderno a un estado de angustia, «se le ha quitado en gran parte el rostro y el nombre, y en muchas de las más importantes actividades de la vida ha quedado reducido a mero objetivo de la sociedad, porque ésta, a su vez, se ha transformado en un sistema impersonal, en una fría organización de fuerzas».

Con certera visión ha escrito Vicente Marrero, en su ya famoso ensayo *El poder entrañable* (2): «No basta con decir que el sábado

(1) M. GARCÍA MORENTE, en *Idea de la hispanidad* (Buenos Aires, 1938), rechaza la tendencia a vaciar en moldes de relación y vida públicas lo que por esencia constituye el producto más granado de la persona particular, real y viviente.

(2) MARRERO SUÁREZ, Vicente: *El poder entrañable*, Madrid, 1952, página 113.

y el Estado se hicieron para el hombre, y no el hombre para el sábado o el Estado, sino que, además, la vida social tiene que estar estructurada de tal modo que el hombre se sienta por sí mismo portador, el verdadero portador de sus destinos, el encargado de resolver su papeleta y no otro, incluyendo en este otro al Estado».

Analiza el Mensaje los deplorables efectos seguidos del desconocimiento de la persona humana (3) y el escepticismo existente respecto a la *fórmula salvadora* de un tenor de vida en constante aumento y plenitud de ocupación por doquiera, «escepticismo justificado por una especie de círculo cerrado, en el cual el fin prefijado y el método adaptado se persiguen mutuamente uno detrás del otro, sin alcanzarse nunca ni concertarse: de hecho, cuando se quiere asegurar la plena ocupación con un continuo crecimiento del tenor de vida, hay motivo para preguntarse con ansia hasta dónde podrá crecer sin provocar una catástrofe y, sobre todo, sin producir desocupaciones en masa. Parece, pues, que se debe tender a conseguir el grado de ocupación más alto posible; pero tratando al mismo tiempo de asegurar su estabilidad». Por eso «es menester no considerar más los conceptos de tenor de vida y empleo de la mano de obra como factores puramente cuantitativos, sino más bien como valores humanos en el pleno sentido de la palabra».

Y después de esta mesurada crítica, el Santo Padre expone la solución certera: «quien quiere socorrer a las necesidades de los individuos y de los pueblos, no puede poner la esperanza de salvación en un sistema impersonal de hombres y de cosas, por muy desarrollado que esté desde el punto de vista técnico. Todo plan o programa debe inspirarse en el principio de que el hombre, como sujeto, custodio y promotor de los valores humanos, está por encima de las cosas, por encima también de las aplicaciones del progreso técnico, y que es menester, sobre todo, preservar de una malsana «despersonalización» las formas fundamentales del orden social que acabamos de mencionar y utilizarlas para crear y desarrollar las relaciones huma-

(3) MORALEJO, Rafael: «La *despersonalización* del hombre moderno», *Ecclesia*, núm. 606, pág. 15.

nas. Si las fuerzas sociales van dirigidas a esta meta, no sólo cumplirán un función natural suya, sino que contribuirán poderosamente a satisfacer las presentes necesidades, ya que a ellas toca la misión de promover la plena solidaridad recíproca de los hombres y de los pueblos».

Para un orden cristiano, para un mundo mejor, según la nueva consigna pontificia (4), hay que reedificar la sociedad sobre la base de la solidaridad recíproca de los hombres y de los pueblos, solidaridad que exige la desaparición de desproporciones estridentes e irritantes; de este modo «en vez de la coacción externa debe darse preferencia a la acción eficaz de la conciencia, la cual sabrá poner límites a los gastos de lujo, e igualmente inducirá a los que tienen menos a pensar ante todo en lo necesario y útil y después a economizar, si es posible, el resto».

Se examinan desde este punto de vista la cuestión de la natalidad y el problema de la emigración, que no pueden ser resueltos mecánicamente ni con cálculos cuantitativos, ya que están en juego derechos que el hombre ejercita conforme a su naturaleza, bajo su única responsabilidad personal. «¡Qué error sería echar a las leyes naturales la culpa de las angustias presentes, siendo manifiesto que éstas se originan de la falta de solidaridad de los hombres y de los pueblos entre sí!»

Son dignas de meditación las consideraciones que se hacen sobre las actuales organizaciones sindicales (5), «que oprimen las conciencias de los trabajadores alterando el orden social del trabajo, las conciencias sufren cuando se hace depender el acceso al trabajo o al lugar del trabajo de la afiliación a determinados partidos o a organizaciones que proceden del mercado del trabajo. Semejantes discriminaciones son síntomas de una idea inexacta de la función propia de las organizaciones sindicales o de su fin propio, a saber: la tutela de los intereses del obrero asalariado en el seno de la sociedad actual,

(4) LOMBARDI, Ricardo (S. J.): *Para un mundo nuevo*, Editorial Balmesiana, Barcelona, 1952.

(5) Véase en E. PÉREZ BOTIJA: *Los peligros del sindicalismo*, Cursos de Derecho del Trabajo, 3.^a edición; Madrid, 1952.

transformada cada vez más en económica y colectivista. En efecto, ¿cuál es la meta esencial de los sindicatos sino afirmar prácticamente que el hombre es el sujeto y no el objeto de las relaciones sociales, escudar al individuo contra la responsabilidad colectiva de propietarios económicos y representar a la persona del trabajador ante el que tiende a considerarlo solamente como fuerza productiva a un determinado precio? ¿Cómo, pues, podrían ellos encontrar normal que la defensa de los derechos personales del trabajador esté cada vez más en manos de una colectividad anónima, que obra mediante organizaciones gigantescas de carácter monopolizador? El trabajador, herido así en sus derechos personales, tendrá que sentir especialmente penosa la opresión de su libertad y de su conciencia, como cogido entre las ruedas de una gigantesca máquina social».

Termina el mensaje con una visión de los muchos sufrimientos existentes hoy día en el mundo, sin olvidar la «miseria negra» y la necesidad de la caridad para poner remedio a estos males, «ya que la sentencia definitiva del juicio final será y se pronunciará conforme al ejercicio de la caridad».

Problema fundamental este de la «despersonalización» del hombre, que requiere profundas y extensas meditaciones si se quiere construir un orden social justo, pues al fin de cuentas el hombre está hecho para Dios (6) y no para la serie de dioses que a lo largo de la historia han ido creando mentes enfermizas, soberbias y satánicas.

MIGUEL FAGOAGA G.-SOLANA

(6) ROMANO GUARDINI, conferencia pronunciada en París en abril de 1945. con motivo de la clausura de la Semana de Intelectuales Católicos Franceses: «Con la misma medida que el hombre se independiza de Dios adquieren a su vez autonomía sus fuerzas personales, volviéndose contra su dueño.»